

— Eh, amigo Badoche, dos copitas de vermut para mi y para mi amigo.

Badoche se apresuró á ir á buscar el licor que le pedían, y Gigant, cada vez con tono mas amable, se volvió hácia José María, que continuaba refunfuñando entre dientes, y le dijo:

— Vamos, ya veo lo que es eso: todavía os dura el enfado conmigo; pero os preguntaré ¿de qué sirve todo eso? ¿qué diablo! mi pobre amigo, los negocios son los negocios; creed que me ha causado á mi mismo un verdadero dolor de corazón el que no hayais estado preparado para la época del vencimiento. Si no se hubiese tratado mas que de mí, yo habria esperado, tenido paciencia, porque soy capaz de hacer toda suerte de sacrificios por un amigo; pero yo mismo me veia acosado, y acosado de firme y de cerca, ¿no es verdad, Toinon?

Toinon trató de responder, pero le causaba miedo la actitud imponente de Tarantas, y le parecia á buen doctor que la aventura tomaba mal aspecto; así se contentó con hacer solamente una señal de asentimiento.

Sin que nada pudiese explicar la causa de aquel brusco movimiento, Tarantas dió un puñetazo tan fuerte sobre la mesa, que, á pesar de ser de mármol, hizo billar sobre ella los vasos, que estuvieron á pique de romperse.

— ¿Qué mas queréis? le preguntó á Gigant.

— ¡Bah! respondió este con voz almirada y cariñosa, ¿qué te decia yo ahora mismo, Toinon? que hacia uno muy mal en ocuparse de las gentes, porque los mejores sentimientos son casi siempre los que peor se interpretan.

Aquí tienes un honrado mozo, por quien yo me intereso por haber sido la causa involuntaria de su lesgracia. He hallado un excelente negocio que de un dia á otro podría, si no hacerle rico, devolverle por lo menos el doble de lo que ha perdido, y en vez de echar mano de otro cualquiera que, de seguro aceptaria mi oferta con agradecimiento, me digo: Calla, allá abajo está ese buen Tarantas, que no sabe que hacerse, vamos á buscarlo; y ved de qué manera me recibe; esto es, á fé mia, capaz de hacer perder á unosus mejores sentimientos.

Tarantas, despues de haber vaciado su copa de un trago, respondió con una risa sarcástica y burlona:

— ¡Ah! ¡ah!... bondad... ¡Oh! sí, vos sois muy bueno, Gigant... como los lobos lo son con los carneros.

— Sí, yo soy bueno, y la prueba de ello es que he venido aquí; pero ya que me recibís de esta manera no os incomodaré mas con mi presencia.

Y en seguida se levantó y dijo:

— Vámonos, vámonos, Toinon, dejemos á este ingrato; ya encontraremos otro que aceptará los cien mil francos que yo venia á procurarle ganar en unos cuantos dias.

Tarantas, al oír esto, abrió sus ojos como ebriado, y repitió:

— ¡Cien mil francos!

— Tal vez mas; pero de todos modos, nunca menos, respondió Gigant en tono breve.

— ¿Que villanía es la que vais á proponerme ahora que haga? dijo José.

Gigant se encogió de hombros y respondió haciendo una mueca desdeñosa con los labios:

— ¡Preocupaciones! Nada hay mas simple ni mas claro que el negocio de que yo queria encargáros, pero ya que lo desdenáis...

É hizo como que se dirigia hácia la puerta.

— Aguardad, se apresuró á decir José María.

Gigant se volvió en seguida hácia él.

— ¡Ah! exclamó sonriéndose, ¿lo pensamos mejor? bueno; á fé mia, os aseguro que quiero mas que seais vos quien se aproveche de esta buena ocasion, que ningun otro. Dadme esa mano, amigo mio, y decid: Sí, y el negocio está hecho.

— Quisiera, sin embargo, saber de qué se trata, dijo Tarantas en voz muy baja y apenas perceptible.

— Empecemos desde luego, contestó Gigant, por almorzar juntos, y á los postres ya os explicaré lo que tenéis que hacer. Pero antes son precisos ciertos preparativos.

Toinon, decid que arrimen el coche.

— Ahí está, contestó el doctor, que se habia puesto en franquía unos minutos antes al ver el giro que tomaba la conversacion.

El carruaje, en efecto, estaba parado delante de la puerta del café.

— Vamos, exclamó Gigant alegremente, en marcha; subid, camarada Tarantas, y arrea cochero.

Diez minutos despues, el coche se hallaba parado delante de una peluquería, y media hora mas tarde delante de una tienda de ropas hechas, y sucesivamente se fué parando delante de una sombrerería, de una lencería y de una zapatería; y por último en la esquina del Palacio Real, en el punto mas cercano á la fonda de los Hermanos Provenzales.

Cuando los tres compadres entraron en uno de los gabinetes particulares de esta famosa fonda aristocrática, Tarantas se hallaba completamente transformado.

Tenia el aspecto de un elegante caballero, algo envejecido y fatigado como un hombre que ha tenido que sufrir pruebas muy rudas, pero bello y simpático á pesar de aquel aire fatigado y de aquella vejez anticipada.

Llevaba su traje con tal soltura y desembarazo, que parecia que habia sido cortado y salido de los talleres del famoso Dusautoy.

Su mano, cubierta con un fino guante, manejaba con cierta elegancia un lindo bastoncito con puño de oro, y sus piés metidos en unas elegantes botas de charol, parecia que no estaban acostumbrados sino á pisar las blandas alfombras.

Era en verdad un tipo completo de caballero perfecto.

Y admirando su obra, Gigant se decia en sus adentros:

— Es imposible que con un auxiliar semejante, la empresa no tenga un éxito completo.

¿Era porque volvia á encontrarse de nuevo en su verdadero elemento, elemento que no hubiera debido dejar nunca? No lo sé, pero lo cierto fué que una parte de las

preocupaciones que hacian arrugar la frente del jóven, habian desaparecido repentinamente.

Caminaba tranquilo y ufano, con la cabeza erguida, la mirada segura como si durante los últimos diez años no hubiese vestido otro traje que el que debia hoy á la extraña generosidad de Gigant.

Mientras estaban haciendo las últimas excursiones en los almacenes, Gigant, que aquel dia queria hacer las cosas en grande como un príncipe, habia enviado á prevenir á la fonda, en donde les estaba ya aguardando á los tres convidados un excelente almuerzo preparado en un gabinete particular.

Al ver el rico mantel blanco adamascado, el servicio de china y de cristal, las garrafas metidas en el hielo, y en fin, todos los refinamientos del lujo que habia conocido en otro tiempo, y que hacia ya tanto que habia perdido, exclamó:

— Vamos, si no hacemos el negocio en cuestion, por lo menos habré ganado un traje nuevo y hecho un buen almuerzo.

Empiezo á creer, Gigant, que tenia injustas prevenciones contra vos.

— Cuento con que no tardareis, contestó este con un tono particular, en quedar completamente persuadido de ello.

Ea, á la mesa, á la mesa, que es la una. Ya tendremos tiempo de hablar á los postres.

Y esta observacion fué acompañada de una sonrisa particular y de una mirada socarrona dirigida á Toinon, mientras que el jóven, con la espalda vuelta, estaba colgando su sombrero de un clavo romano.

El buen doctor comprendió sin duda lo que significaban aquella sonrisa y aquella mirada, y respondió á ellas con una inclinacion de cabeza.

Pusiéronse á la mesa, sentándose José en el divan, en medio de Toinon y Gigant, y empezaron á almorzar alegremente.

Los corchos de las botellas de champaña saltaban que era un gusto el verlos.

El licor de color de ámbar espumaba en los cubiletes de cristal, porque la moda, que es muchas veces bien ridicula, no habia introducido todavía el uso de esas copas bastardas en las que se sirve hoy el espumoso vino.

El vaso de José María no se veia nunca vacío, porque sus dos anfitriones se esmeraban á porfía en derramar en él, el contenido de los frascos y botellas.

Pero por un fenómeno contrario al que ellos habian previsto y premeditado, segun iban subiendo los vapores de la embriaguez al cerebro de Tarantas, este se iba volviendo taciturno y sombrío, y de vez en cuando, se veian salir de debajo de sus párpados socarronamente medio cerrados, miradas impregnadas de rencor, particularmente dirigidas al hombre de negocios.

Era claro que si se continuaba haciéndole beber, Tarantas iba á entrar en el período furioso de la embriaguez y á emprender alguna disputa con Gigant.

Este queria solo entontecerlo y achisparlo para obtener mas fácilmente por este medio su concurso en el plan bien oscuro todavía para nuestros lectores. Pero conocia el peligro de excitar hasta el exceso la bestia feroz que dormitaba en el ánimo de Tarantas, y que el alcohol despertaba. Así, adoptó una resolucion heroica.

Llamó al mozo que servia, y mostrándole las botellas y frascos medio vacíos todavía, metidos en cubiletes de plata, le dijo:

— Llevad de aquí todo eso.

Tarantas manifestó el descontento que le causaba semejante orden por medio de un gruñido sordo, y trató de apoderarse de la botella que estaba mas al alcance de la mano.

Pero Gigant se la quitó así como su vaso, y con el tono de un profesor que reprende á un alumno le dijo:

— Es preciso conservar la cabeza serena, porque tenemos que hablar.

Tarantas se pasó la mano por la frente como para quitarse el velo que empezaba á oscurecer sus ideas.

— Es muy justo, dijo: ¿no teniais una proposicion que hacerme?

— Y magnífica... exclamó Gigant.

Y despues de un momento de silencio, continuó:

— No tenéis una blanca, pero eso no importa, porque cuando uno es jóven como vos é inteligente y resuelto, se encuentra siempre el modo de hacer fortuna.

Pero — y este detalle de que voy á hablar, no lo he sabido sino mas tarde, porque si lo hubiera sabido antes, no me habria prestado á favorecer vuestras calaveradas — pero es el caso, que arruinándoos vos mismo, habeis arruinado á vuestra pobre madre.

Gigant, segun su costumbre, agarraba siempre al toro por las astas. Sabia de antemano que empezando la conversacion de esta manera se exponia á provocar la cólera de José María.

Pero sabia tambien, que pasada esta cólera, vendria en seguida una postracion tanto mas completa, cuanto mas viva hubiese sido la irritacion; y contaba con esta postracion para hacer aceptar sus proposiciones á Tarantas.

Este se enderezó sobre su asiento, con la mirada inflamada y los labios temblando.

— ¿Por qué me decís eso?... exclamó: ¿sois vos á quien le toca hacerme semejantes reconveniones?

— Al punto á que hemos llegado, dijo Gigant con una calma imperturbable, estais tronado, completamente tronado; sin un cuarto, y sin esperanzas de tenerlo. Cuando se empieza á bajar por la pendiente en que os habeis metido cuya tercera parte habeis andado ya, se llega muy pronto al fondo: no se pasarán dos años sin que os hayais vuelto ó un ladron, ó un mendigo.

Estas palabras eran duras, y sin embargo, hicieron sobre Tarantas menos impresion que las anteriores en que se habia mezclado el nombre de su madre.

— Y ¿luego? preguntó José María con toda la frialdad de que era capaz, porque yo supongo que no será para

ilustrarme sobre una situación que conozco yo mejor que nadie, para lo que hemos venido aquí.

— ¿Luego?... vengo, dijo Gigant, á ofreceros á vos que no sois nada, que no os queda ninguna esperanza en el porvenir, vengo á ofreceros un rango en la sociedad, un nombre, un título, una fortuna.

Haced una señal, y en seguida os hago conde... decid sí, solamente, y en seguida os hago rico.

Tarantas creía estar soñando. Se pasó de nuevo su mano por la frente como para arrojar de delante de sus ojos aquel fantasma engañador de fortuna y nobleza.

— ¿Todavía lo dudáis? exclamó Gigant: pues bien; aquí está lo que no os dejará ninguna duda.

Sacó de su bolsillo el pliego de que se había apoderado y ojé con complacencia los papeles que contenía.

— Aquí tenéis la fé de bautismo de vuestro padre, la de vuestra madre, — se entiende la del padre y la madre que yo quiero daros; — aquí está el contrato de sus esposales; aquí, en fin, el testamento del uno, y la fé de muerto del otro.

— Y si aceptase, ¿cómo me llamaría?

— El conde José de Rancogne, respondió Gigant con la mayor sencillez.

José María se había levantado y recorría el cuarto á grandes pasos, enjugándose su frente humedecida con el sudor que la emoción le producía.

Al disiparse la embriaguez, iba conociendo la gravedad del acto en que querían comprometerle.

— Entonces es de una falsificación, de una sustitución de persona de lo que me queréis hacer cómplice, dijo Tarantas con voz vacilante.

— Dispensad, replicó Gigant con la mas amable sonrisa; empecemos por restablecer en su lugar los hechos ó invertir los papeles y digamos: de que nosotros queremos haceros culpable, y nosotros cómplices.

Por último, debo confesaros, amiguito, que tenemos tomadas nuestras precauciones, y que desde el momento que me habeis dejado llevar las cosas tan adelante, haciéndoos esta confianza, os considero ya como comprometido en el negocio.

Si os negais á aceptar lo que os proponemos ¿sabéis lo que os sucedería? Todavía tengo en mi poder una letra de cambio vuestra cuyo reembolso no he exigido, sabiendo el miserable estado en que os hallabais.

Por ahí es por donde yo os tengo cogido, porque esa letra representa la tranquilidad de los últimos días de vuestra madre. Si quiero, dentro de dos semanas, «la vieja» como vos la llamáis, según tengo entendido, será mas pobre que la última de las mendigas del Limosin.

En cuanto á vuestra propia miseria, ya sé que la soportais con filosófica resignación, pero también sé que por nada en el mundo soportaríais la de ella.

Con que así, á vos os toca elegir ahora. O ver venderse á pública subasta la casa paterna y el último pedazo de tierra que le queda; ó bien un bienestar, mas que eso, una fortuna, — porque nosotros no andaremos regateando con los

que nos hagan un servicio, — ganada á costa de una mentira que no durará sino algunas horas.

Elegid pues.

José María se arrancaba los pelos de rabia y desesperación.

Sobre los labios de Gigant jugueteaba siempre la misma sonrisa, aquella sonrisa que parecía querer decir: «Haced favores á las gentes...»

Suspendiendo su paseo de repente, Tarantas se plantó con los brazos cruzados delante de Gigant y le dijo:

— ¿Cuánto me dareis por cometer esa infamia?

— Eso de infamia, es duro; es preciso que comprendais, mi jóven amigo, que...

— No quiero saber nada: no quiero ser en vuestras manos mas que un instrumento ciego, no quiero saber ninguno de vuestros cálculos. Lo que me digais que haga, lo haré. Ni mas, ni menos. ¿Cuánto me pagareis?

— Creo, dijo Gigant con tono meliflúo, que habíamos hablado de cien mil francos.

— No los quiero: eso es demasiado. Soy un bribon y un pillo, puesto que acepto, pero el motivo que me hace aceptar, me justifica á mis ojos hasta cierto punto. Me consideraría completamente deshonorado respecto á mi mismo, si tratase de obtener de este negocio ninguna ventaja personal.

Quiero que mi madre muera en paz, hé ahí todo lo que deseo. Que crea que mis esfuerzos han sido coronados con un éxito feliz: que vuelva á ver reconstituirse á su alrededor aquella hacienda que ha ido vendiendo por mi causa con un íntimo dolor de corazón.

En cuanto á mí, ¡miserable! me iré á ocultar á algun rincón, yo no sé adonde; á arrastrar mis andrajos hasta que allí deje mi armazón, menos despreciable á mis ojos que mi alma inmortal.

Así pues, Gigant, cuando se haya concluido la asociación de infamia que me proponéis, no volvais á ponerlos ante mis ojos, ni á mi alcance, porque si yo os quería ya mal, os querré mucho peor, pues en este día me habeis privado de todo, absolutamente de todo, hasta de la poca estimación que yo conservaba de mí mismo.

Gigant hizo chasquear sus dedos como para decir: «¡Bah! ¡bah! ya cambiareis de parecer.»

Se levantó en seguida, y sacó el reló.

— Son las dos y media, dijo; la cita es para las seis. Apenas si nos queda tiempo para instruir al señor conde José de Rancogne de la historia de su noble familia, antes que llegue M. de Puysaie al lugar de la entrevista. Ea, despachémonos.

Algunos minutos despues, nuestros tres personajes habian vuelto á subir al coche que se dirigia al gran trote al Arco de Triunfo de la Estrella.

En aquella época el espacio limitado hoy día por el paseo de los Campos Eliseos, la avenida de Friedland y la calle del Oratorio, espacio ocupado hoy por construcciones nuevas, era un terreno vacío en donde habia alguna que otra casita de campo aislada en medio de grandes jardines.

A medida que París se agrandaba, estas casitas fueron

tomando el aspecto terroso de las habitaciones de lujo de las cuales el lujo se retira.

Así son los mendigos de las ciudades con sombrero de copa alta y frac negro.

Así era también un pabellón que creo exista todavía, aislado y amenazando ruina, el cual estaba en la parte triangular de un jardín que la nueva alineación de las calles ha respetado, sin saber por qué.

Esta ruina de triste apariencia, como la tienen todas las ruinas que no son la obra del tiempo, sino el resultado del abandono y de la incuria, se ve á la extremidad de una calle estrecha, que si mal no me acuerdo, se llama la calle del Bel-Respiro, y está como acurrucada al pié de los terraplenes hechos para sostener los terrenos de la avenida de Friedland.

Este pabellón, construido de estuco con molduras según la moda de la época de Luis XVI, lindo como una caja de dulces, oculto en medio de espesuras de hoj cortado con regularidad caprichosa, debió ser testigo de las fiestas de algun gran señor ó de algun Turcaret á la moda.

Ennegrecido hoy por la lluvia, perdiendo á cada ráfaga de viento alguna pizarra del techado ó algun trozo de chimenea, está más feo que esas coquetas viejas que á los sesenta años se presentan adornadas con las pretenciosas coronas de la juventud.

En la época en que pasa esta historia, este pabellón estaba habitable todavía, y servia de refugio á los vicios del doctor Toinon.

Pues á este pabellón era á donde conducía á toda prisa el cabriolé á nuestros tres conocidos.

## LVII

## EL ALMA DE MATIFAY.

Mientras que M. Gigant empleaba tan bien su mañana, el enjambre de los necróforos habia invadido el palacio de Matifay.

Las grandes puertas del suntuoso edificio permanecieron abiertas durante todo el día ante la multitud que se apiñaba para contemplar en el lecho mortuorio de gran parada, á aquel ciudadano arrebatado á la patria de quien era el orgullo, de una manera tan rápida y desgraciada.

La caja de la escalera estaba cubierta con colgaduras negras sembradas de lágrimas de plata, y el cuarto del difunto transformado en capilla mortuoria.

La muerte de un banquero de aquella importancia llama la atención tanto como la de un príncipe, cuando menos.

Los valores todos tuvieron una baja en la Bolsa. La pérdida que acababa de hacer la banca con la muerte del

hombre mas rico y mas honrado de Francia, fué considerada, con razón, como una desgracia pública.

El día siguiente era el señalado para devolver á la tierra los preciosos despojos mortales de aquel Creso que, por un fenómeno rarísimo, era al mismo tiempo que inmensamente rico, un grande hombre de bien.

Ya se hallaban preparados los cinco discursos «improvisados» que se debían pronunciar al pié de aquella fosa «recientemente abierta», con sus puntos de exclamación y sus periodos huecos y sonoros.

Los cinco colegas que habian sido elegidos para dirigir «el último adiós» á su digno compañero tan justamente admirado, amado y sentido, repetían aquellas improvisaciones delante de un espejo, estudiando sus gestos, ensayándose en la manera de derramar sus lágrimas de codrilo y el modo de fingir el hipo de la profunda emoción que sentían.

Los músicos militares pulían el cobre de sus instrumentos, y hacían resonar el eco sonoro de los cuarteles con los acentos solemnes de las marchas fúnebres.

La iglesia cubría sus paredes y columnas con sus colgaduras mas ricas y sombrías, convocaba los cantores bajos profundos de voz hueca y los mas distinguidos organistas.

Nada podia haber bastante bello para manifestar el luto general causado por el fallecimiento prematuro de un baron Matifay.

La multitud de curiosos, que se reemplazaba á cada momento, desfilaba silenciosa por delante del lecho mortuorio en forma de catafalco, sobre el que se hallaban colocados aquellos preciosos restos.

Asunto magnífico para los Prudhomes panzudos y los Vi-reloques en harapos. «La fortuna no hace la dicha», decían unos. — «Todo el mundo es igual ante la muerte, que no respeta á nadie», exclamaban otros, y no se oían mas que esos aforismos vulgares y verdades de este género.

Pero se echaba de menos la falta de alguna cosa en aquella representación de tan grande aparato: alguna cosa mas preciosa mil veces que las colgaduras con franjas de plata; que los grandes cirios que ardan en candelabros de oro macizo, y que los ricos incensarios despidiendo nubes de humo perfumado en su acompasado balanceo.

Echábanse de menos las lágrimas sinceras, la verdadera pena, una esposa desconsolada ó un hijo atribulado arrodillado al pié del féretro; y nada de esto se veía, ni aun algunos amigos del difunto, alrededor del catafalco Matifay.

Ese lujo y consuelo está reservado solo para tí, ¡hombre pobre y honrado! Tú lo tendrás en tu bohardilla fria y desnuda, despues de haber pasado una vida llena de trabajos, de abnegación y sufrimientos. No se han hecho para tí esos suntuosos coches enlutados arrastrados por fogosos caballos cubiertos con lujosas gualdrapas negras y ondulantes penachos; ni tampoco esos elevados catafalcos con escudos y emblemas que, en vez de expresar el dolor, no expresan ni representan mas que la vanidad y el orgullo; ni tampoco los cantores de la Opera vendrán á entonar un *Requiem*. ¿Qué vale todo eso, si tu modesto ataúd va acompañado y